

70000 TONS OF METAL

FOTOGRAFÍA: El Hombre Bala



La quinta edición del 70000 Tons Of Metal ha sido especial. No ya sólo por lo que supone ser el mayor evento metalero sobre las aguas, sino porque la organización se había planteado nuevos retos. Tras cuatro ediciones en el Majesty Of The Seas, se nos proponía celebrarlo en un crucero de mayor envergadura, el Liberty Of The Seas. Ello suponía más tickets a la venta y 60 bandas en lugar de las 40 habituales. Y puede decirse que salieron airoso, se consiguió un nuevo sold out, y la afluencia femenina ha aumentado considerablemente, como dijo nuestro amigo Christian Vidal en 2012, el crucero era "un mar de bolas".

El traslado del festival al nuevo crucero supuso también un cambio de puerto de partida; de Miami tuvimos que desplazarnos a Port Everglades, en Fort Lauderdale, a una media hora en coche de Miami. Este cambio ha hecho que no haya existido la habitual "marea negra" de metaleros por las calles de Miami y Miami Beach en los días previos al crucero. Al llegar a Port Everglades, nos llamó la atención el tener que enseñar nuestra

documentación a la entrada del recinto, cosa que en Miami no era necesaria; de hecho, el año pasado accedimos incluso a pie sin ningún problema a la terminal portuaria.

Una vez en la vorágine previa al embarque, el caos imperaba: decenas de taxis parando en cualquier parte sin control, metaleros cariacontecidos de aquí para allá intentando buscar la cola buena; mozos cargando maletas en grandes jaulas... Suponemos que se trata de los problemas habituales en esta instalación, pero aún teniendo el check-in hecho online, tuvimos que hacer dos horas de cola para poder embarcar. Eso sí, da gusto ver que no hay privilegios y que aunque seas uno de los artistas, te tragas la cola igual que cualquier hijo de vecino.

Dentro ya del barco, al recoger nuestras acreditaciones ya pudimos comprobar la inmensidad del monstruo en el que nos encontrábamos; una especie de avenida central bajo techo en la cubierta cinco, con tiendas y establecimientos hosteleros; muchísimos ascensores subiendo y bajando... incluso ¡un coche! Un Morgan anaranjado para más señas.

Tras pasar por el camarote nos

dispusimos a echar un vistazo rápido previo al simulacro obligatorio. Acostumbrados como estábamos al anterior barco, todo resultaba nuevo en éste. Las ubicaciones de las salas, los restaurantes, zonas de ocio y deportes... Comentar que este barco al igual que el anterior tenía tiendas, restaurantes, biblioteca, sala de juegos, completo gimnasio, spa y centro de belleza, rocódromo, casino, etc. Y como novedades nos ofrecía cancha completa de basket, máquina de olas, mini-golf e incluso una capilla que, confieso, no hice ni siquiera ademán de visitar.

Para el año que viene se comenta que el evento cambiará de fechas; se habla de comienzos de febrero. No sólo eso, también de un cambio de barco pues el Liberty Of The Seas será trasladado a otro puerto; ya veremos en qué se refleja esto, si hay cambios en el tipo de barco y el número de bandas, y si por fin confirman el plantel antes, y no a última hora como acostumbramos.

Al aumentar tanto el tamaño del barco como el número de bandas, los tres escenarios se convirtieron en cuatro. La sala pequeña, más underground, que sigue siendo la peor, puesto que el sonido no acaba de ser muy bueno y la visión de

las bandas es prácticamente inexistente a no ser que nos situemos en las dos primeras filas. Y la novedad de este año, la llamada Studio B, que consistía en la pista de hielo, sí, habéis leído bien, la pista de hielo cubierta con paneles y un escenario, y que resultó la mejor de todas, tanto por el ambiente como por el sonido y el propio escenario en sí. El teatro era la tercera de las ubicaciones; una enorme sala de tres alturas inclinada hacia abajo, lo que suponía una visión perfecta de pie casi desde cualquier ángulo. De pie, sí, porque sentado tenías que ir a alguno de los pisos superiores si querías tener buena visión. Hubo quejas porque desmontaron pocas filas de asientos en la parte de abajo y había poco sitio para estar de pie, pero bueno, para gustos...

Sobre el último escenario, el "pool deck" o escenario de la piscina de cubierta, empezó con mal pie con un retraso en su montaje, lo que supuso que las cinco primeras bandas programadas se tuvieran que reubicar en otro día y otro lugar. Un verdadero quebradero de cabeza para la organización, pues imaginamos lo difícil que resulta programar a 60 bandas, dos veces cada una, en cuatro escenarios durante cuatro días. Al final resolvieron

suspendiendo una de las novedades de este año, un campeonato de hockey sobre hielo previsto para el sábado, y recolocando ahí los cinco shows. Eso sí, es de esperar que si se repite esta ubicación de la piscina en próximas ediciones, se tenga en cuenta el peligro que supone lo irregular del piso; escalones y barandillas no hacen ningún favor en este caso.

Huelga decir que el aumento de bandas te hace más complicado de planificar el festival, y más si el "running order" se publica la víspera. Y no sólo eso, hay muchas actividades paralelas, y hay que comer y descansar; te puede apetecer hacer deporte, comprarte una camiseta (larguísima cola por cierto) o darte un masaje con una filipina. Comentar que sigue habiendo retrasos en las actuaciones, en algunas de las cuales se nota que los artistas han carecido además de la previa prueba de sonido.

Sobre las actividades paralelas, este año hemos contado con diferentes clinics, entre otros, uno de guitarra ofrecido por Christian Vidal, de Therion, otro de batería por medio de John Longstreth de Origin, e incluso de pandereta, gentileza de Bok 'n' Brustruse de los barbudos noruegos Trollfest. Pudimos asistir, así

mismo, a las escuchas de los nuevos discos de Blind Guardian, Apocalyptica o Venom seguidas de meet & greet, y no olvidar el tradicional karaoke.

La escala de este año fue en Ocho Rios, Jamaica. Cabía la oportunidad de contratar actividades para realizar junto a miembros de diferentes bandas, snorkel, visitas guiadas... Nosotros fuimos más sosos y fuimos directamente a la playa, donde coincidimos con músicos de Melechesh o Destruction, y donde disfrutamos de la sombra del sol y las cálidas aguas del Caribe junto con sendas Red Stripes bien fresquitas. La escala es de unas seis horas que al final se hacen cortas pues no da la oportunidad de hacer demasiado. Al principio pensábamos que el desembarco de hordas metaleras en Jamaica iba a ser "devastador" y que conseguiríamos evangelizar a las masas, pero lamentablemente no fue así; excepto en un par de lugares que oímos metal, el efecto fue el contrario, y fueron muchos los metaleros que regresaron al buque con camisetas de vivos colores. En fin...

Algo tendríamos que comentar sobre las actuaciones, aunque ya habrá otros medios que se encarguen de decimos los repertorios de cada uno de los grupos, los

fallos en los solos, e incluso los podemos ver en youtube.

Destacaría la jam session promovida por Jeff Waters de Annihilator; Impagable el 'Ace Of Spades' de Motörhead ejecutado por Nergal de Behemoth a la voz, Cronos de Venom al bajo y voz, el propio Waters a la guitarra, Mike (Destruction) en la segunda guitarra y Speck (In Extremo) a la batería. O el 'Breaking The Law' de los Judas Priest con Ralf Scheppers (Primal Fear) a la voz. Ese 'Highway Star' de los Purple cantado por Doogie White. Barney de Napalm Death cantando magníficamente 'Black Sabbath', Max Cavallera atreviéndose con el 'Walk' de Pantera. Y Michael Schenker acompañado de Hansi de Blind Guardian, Jeff Waters, Herman Rarebell a la batería y Tomasz de Behemoth al bajo, tocando 'Shot Down In Flames' de AC/DC. Ver sonreír al bajista de Behemoth no tiene precio, y gracias a la jam session lo conseguimos.

Lo demás... ¡Qué decir de Lips de Anvil y su consolador! De las peleas de almohadas mientras toca Origin. Esas macro-congas durante el concierto de Trollfest. Los jacuzzis permanentemente llenos de canadienses. El ver a un circunspecto Nergal (Behemoth)

ayudando a una señora a bajar unas escaleras. Cruzarte con un cabizbajo Mike Amott (Arch Enemy), con la capucha de la sudadera puesta para no ser reconocido, mientras su acompañante femenina lleva un llamativo vestido con los colores de la bandera sueca. Ver intrépidos aspirantes a surfers llevarse una bofetada tras otra. Poder echar un desafío a los colegas en el mini-golf Flipar viendo al batería de In Extremo pegarse todo un concierto tocando con una sola mano por tener la otra inutilizada. Ver, por fin, a una chica que se atreve a participar en el campeonato de tripadas en la piscina. Al ínclito Chris Bowes de Alestorm siendo llevado en volandas hasta el bar más próximo a por una botella de ron. Todo eso sólo es posible en el 70000 Tons of Metal; permitiéndome darle una vuelta a las palabras del nada taciturno "Skipper" Andy, este año ha habido pasaportes de al menos 70 orígenes diferentes entre los asistentes, entre ellos lugares tan, en principio, poco metaleros como Sri Lanka, Kuwait, Emiratos Árabes o Uzbekistan; orígenes diferentes sí, pero todos miembros de la misma metálica nación.

Sr. Diputado